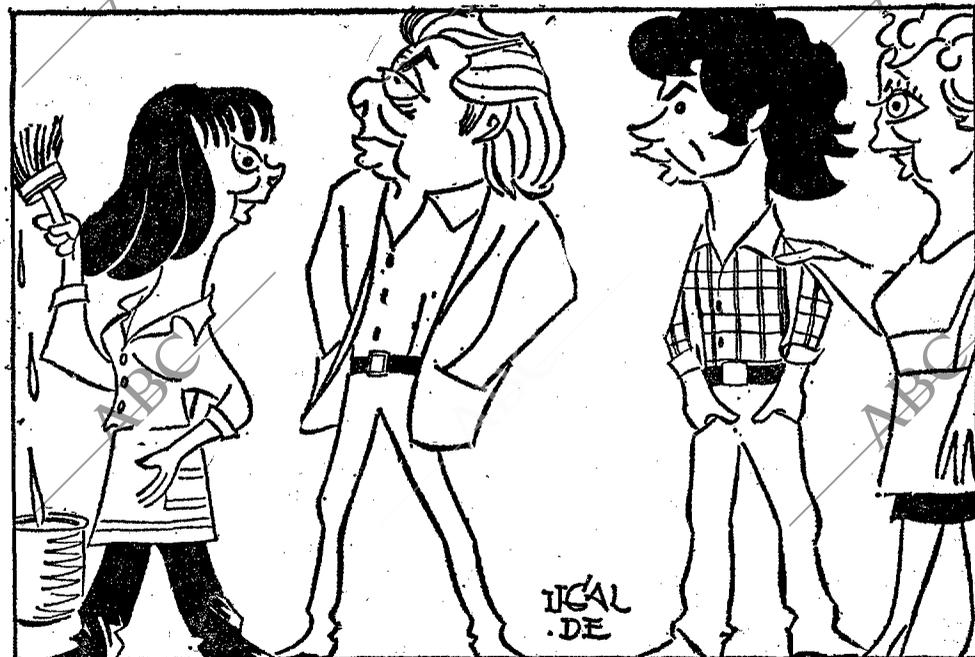


INFORMACIONES TEATRALES Y CINEMATOGRAFICAS

«ANDORRA», DE MAX FRISCH



Berta Riaza, Manuel Dicenta, Alberto Alonso y Montserrat Blanch

Teatro Goya: «Andorra» de Max Frisch. Adaptación: Julio Diamante. Intérpretes: Manuel Dicenta, Berta Riaza, Mayrata O'Wisiedo, Manuel Díaz González, Ricardo Garrido, Antonio Iranzo, Manuel Salguero, Alberto Alonso, Montserrat Blanch, Jacinto Martín, Adria Gual, Juan Vicario, Manuel Mejías y Jaime Mari. Dirección: Ricardo Lucía. Decorados: Victor Cortezo.

Había sido estrenada esta pieza en función única. Ahora, en el Goya, se ofrece a todos los amantes del teatro. Vayan ustedes a verla. Es teatro serio, riguroso, capaz de arrastrar a la reflexión. Los amantes de la actualidad dirán que nos llega «Andorra» con retraso. Pero el drama está vivo y coleando, como si hubiera sido escrito ayer, porque trata de algo que si se revela en circunstancias históricas o sociales determinadas, permanece latente y constituye un factor constante de las acciones humanas: la cobardía.

«Andorra» es un drama de carácter histórico. Frisch la tituló «Andorra», pero pudo haberla titulado «Suiza 1943». Fue en su propio país donde el autor descubrió el miedo, la baja, la hipocresía. La materia especulativa, de amargo sabor, fue transmutada en materia dramática. La anécdota es lo que menos importa. Pero el carácter histórico de la pieza viene dado por la situación de estos «andorranos», en cuyas fronteras se oyen las pisadas de las S. A. La Confederación Helvética—templo de las libertades ciudadanas, del secreto bancario, refugio del dinero sin patria y de los exiliados de lujo, ejemplo de prosperidad material, de pacífica organización y de neutralidad sostenida a todo trance—se vio en la segunda guerra mundial al borde del naufragio. Allí encontró Max Frisch el tema de su drama, donde nadie se salva, ni siquiera el prudente sacerdote que a la hora decisiva se ha ido a otra parte a rezar. Tremenda historia de un pueblo contada magistralmente, en ese tono neutro, casi indiferente que utilizamos para relatar algún suceso ocurrido hace mucho tiempo y en un lugar muy remoto. Pero los personajes están allí, a dos metros de nosotros, mostrando su miseria interior, su corrupción moral, derrumbándose como un montón de basura que hasta entonces había tenido apariencia respetable, y que recuperará enseguida, porque «hay que olvi-

dar», «hay que comprender que las circunstancias...», «hay que darse cuenta de que por una vida se pueden salvar otras muchas», etc., etc., etc. El autor ha ido más lejos que la denuncia. Ha explicado la mecánica de un fenómeno: somos lo que los otros quieren que seamos.

Interesa sobremanera la revelación, paso a paso e individuo a individuo, de la falsa inocencia que los personajes simulan. O quizá, en la que creen, porque les resulta mucho más cómodo. El autor no les deja, sin embargo retirarse de la escena con la dignidad a salvo. Son una caterva de miserables, aunque, eso sí, muy entonados y amigos de la verdad superficial. Desde una anodina escena de amor, asciende el desarrollo escénico hasta la coral trágica de la búsqueda por un perito del «judío» culpable. Aparece, naturalmente, un inocente, y se le pasaporta hacia la

MAURICE CHEVALIER, INTERNADO EN UN HOSPITAL DE PARIS

Paris 15. El conocido artista francés Maurice Chevalier se halla hospitalizado en los Servicios de Afecciones Renales del hospital Necker de Paris, se informa en la capital francesa.

Aunque los servicios hospitalarios no dieron detalles sobre la gravedad de su enfermedad, la noticia causó inquietud en los medios artísticos, si bien se subraya que el octogenario cantante es de una naturaleza muy sólida y conserva un aspecto muy juvenil.—Efe.

eternidad. Y el pueblo respira tranquilo. El chivo emisario ha cumplido su misión.

Es una acusación de formidable virulencia, con el atractivo suplementario de estar formulada sin un mal gesto, sin tono colérico, como si la inmensa desgracia de pertenecer a una humanidad interiormente putrefacta pudiese desarrollarse en la pizarra a título de simple teorema. La suma de anécdotas y de actitudes personales constituye el gran fresco que Max Frisch pinta, situando a Cristo en el centro. La novedad consiste en que todas las figuras tienden sus manos hacia Cristo. ¿Para qué? No le piden nada. Únicamente suben hacia él para crucificarle de nuevo. Y lo hacen. Después, regresan a sus trabajos de cada día, a su felicidad, a su respetabilidad. Aquí no ha pasado nada.

Ricardo Lucía no consintió ningún desmán. Tuvo a sus órdenes un plantel de actores de primer orden, pero ahí estaba el peligro, porque podrían haberse excedido fácilmente, podrían haber falseado el estilo y el modo de la pieza. Magistral interpretación de Dicenta y de Berta Riaza, en una segunda «Ofelia» que aparece por última vez blanqueando con una brocha gorda el sepulcro cuya losa había levantado el autor. La contención y la verdad dramática estuvieron toda la noche en el escenario, no sólo a través de esos dos grandes intérpretes, sino de todos los otros, entre los cuales han de ser mencionados Alberto Alonso, Antonio Iranzo, en un personaje de significación sardónica, Mayrata O'Wisiedo, Manuel Díaz González y Montserrat Blanch. No es «Andorra» obra para divos. Drama colectivo, reclama un ajuste perfecto de todos los papeles en la trama fraccionada que acabará componiendo el «puzzle». Ricardo Lucía ha dado un ejemplo de honestidad profesional, sirviendo a un texto y poniendo en completa claridad las intenciones conscientes del autor, al que sólo cabe reprochar que haya buscado el nombre de Andorra para no tener líos con sus compatriotas, pese a que su drama no es drama fronterizo, sino resumen de males apátridas.

Excelente la adaptación de Julio Diamante. Lo que no se entiende es el empleo de la palabra «masacre» cuando disponemos de la eufónica y característica locución «matanza», tan sugeridora.—Adolfo PREGO

El estreno de hoy

Peter Luke reside habitualmente en España. Trabaja ahora en un volumen autobiográfico, en una obra histórica, en una comedia y en un libro de cuentos. Por unos días ha abandonado. Ahora, sus trabajos literarios y sus faenas agrícolas, con el solo fin de presenciar esta noche, en Eslava, la primera representación de su comedia «Adriano VII», un Papa imaginario extraído por este católico irlandés del ensayo novelesco que, con idéntico título, publicó a comienzos del presente siglo el «Barón Corvo», pseudónimo con que un extraño sacerdote llamado Rolfe volcó su enemistad con la Iglesia de entonces. Aquí está ahora Peter Luke, de cara ancha y carácter abierto, charlando con José López Rubio en correcto inglés. Detrás nos situamos nosotros, para escuchar este ensayo «con todos», al que han concurrido buen número de informadores gráficos y no po-

TEATRO ESPAÑOL

HOY, JUEVES, ESTRENO, 4 tarde

EL TEATRO MUNICIPAL INFANTIL DE MADRID

presenta

“EL VIAJE DE PEDRO EL AFORTUNADO”

de STRINDBERG

Dirección: ANTONIO GUIRAU

¡UN EXITO MUNDIAL!